

El maestro desde la óptica de tres de los fundadores de la pedagogía cubana.

Autores:

MSc. Rudy Ávila Figueredo

rudayaf@hlg.rimed.cu

Lic. Oliden Ramírez Polanco

oliden@hlg.rimed.cu

Resumen

La personalidad del maestro es esencial a la hora de valorar la cultura de los pueblos. Según hayan sido los maestros que han incidido en las generaciones, así serán, en gran medida, las acciones de los que les sucederán. El trabajo es una compilación de ideas de tres hombres considerados como fundadores de la pedagogía cubana: Varela, Luz y Martí. Se parte de reconocer cómo debe ser y por qué ha de ser así el que se dedique a la profesión de educar.

Palabras claves: maestro, educación, educar, Félix Varela, José Martí, José de la Luz y Caballero.

Abstract

The teacher's personality is essential when valuing peoples' culture. The new generations will be according to the degree of influence of the teachers they had. This work is a compilation of ideas Stated by founders of the Cuban pedagogy, Varela, Luz, Martí. It abounds on the hows and the why's of becoming a teacher.

Key words: teacher, education, to educate, Félix Varela, José Martí, José de la Luz y Caballero.

Conversando con un hombre en el ocaso de su vida, respecto a los goces y los sinsabores que en sus largos años había experimentado, se regocijaba cuando alguien lo llamaba "Maestro". Aquel era el mayor elogio, y no podía ocultar la satisfacción que sentía cuando se referían a él de esa manera; entonces desaparecían de golpe los múltiples sufrimientos y las penas que había sentido, consideraba que aquella palabra encerraba todo cuanto había anhelado.

Cuando se estudia el magisterio o la pedagogía cubana se hace imprescindible hurgar en su historia, sus raíces, sus momentos fundacionales. Cuba tiene el privilegio de contar, en este

campo, como en muchos otros, con figuras de alcance universal, hombres que trascendieron las fronteras de su tiempo y se proyectaron hacia la posteridad, que sentaron escuela y se convirtieron en paradigmas de una profesión, considerada por muchos, como la más importante dentro de las profesiones; otros la consideran más allá que una profesión, un sentido de la vida, un sacerdocio.

En los momentos actuales que el mundo vive - cuando la lógica del mercado tiende a homogenizar las culturas, abriendo camino de forma desenfrenada al culto de lo material; cuando se ve amenazada la supervivencia de la especie humana, por la pérdida progresiva de sus valores más raigales -, Cuba no ha salido ilesa de ciertas manifestaciones no acordes con los principios de la Revolución, incluso siendo el país que cuenta con mejores posibilidades para enfrentar con éxito cualquier acción dirigida a combatirlas desde la educación, ya que en ocasiones se ven algunas tendencias al acomodamiento y a la búsqueda del bienestar individual por parte de la juventud.

La necesidad de maestros que eduquen a las grandes masas, sin querer minimizar el papel de los demás agentes educativos, sigue siendo un factor de primer orden; por otra parte, para los que desarrollan el "oficio" resulta significativo tener en cuenta la responsabilidad que encierra el hecho de decidirse a consagrar la vida al magisterio.

¿Cómo lograr que la actual generación de maestros abone el camino para la incorporación gradual y sistemática de un número suficiente y necesario de jóvenes que egresan de los preuniversitarios?

La respuesta a esa interrogante puede encontrarse, en gran medida, en el legado de tres grandes maestros de la historia de esta tierra, que aunque no coincidieron exactamente en el tiempo, pusieron su vida al servicio de la patria, y desde su labor pedagógica dieron y continúan dando lecciones que deben ser aprovechadas cada día.

Es indudable que la historia de la humanidad cuenta con hombres de talento que, desde su magisterio, sentaron escuelas que trascendieron fronteras nacionales. Cuba, para formar a sus educadores, aunque no desconoce ni desdeña el aporte universal, posee una tradición pedagógica que nada tiene que envidiar al pensamiento foráneo; es más, puede sostenerse que con la tradición pedagógica cubana basta para haber llegado adonde se ha alcanzado en el terreno de la cultura, las ideas y el pensamiento político-social identitario del cubano y de la cubanía.

Sirva para reflexionar la concepción que sobre el magisterio tuvieron Varela, Luz y Martí.

Félix Varela Morales ¡El que nos enseñó en pensar!

Hombre de amplia cultura que revolucionó las concepciones imperantes con respecto al contenido y a la forma de la enseñanza, mantuvo una postura consecuente con su firmeza de ideales; propugnó una enseñanza para la vida y para el ejercicio de la libertad.

Resulta interesante lo que en este particular refiere el Dr. José Sánchez en su tesis doctoral, quien señala que:

“Para Varela implica un compromiso social el dedicarse a la enseñanza, [en la] que esta concepción, donde libertad y bien social se interrelacionan y se condicionan mutuamente, traspasará las fronteras de su antropología, se afirmará en la proyección política y la dimensión axiológica de su pensamiento y terminará como principio teleológico de su filosofía de la educación, expresado en la necesidad de educar al hombre para que viva en libertad, para que viva en una sociedad libre” (1)

Su condición de sacerdote hace que enfoque sus aspectos educativos y sus criterios desde la teología; no obstante, se preocupa por dejar claro que esto es posible al plantear que *“el cristianismo y la libertad son inseparables y (...) esta, cuando se halla perseguida sólo encuentra refugio en los templos del dios de los cristianos (...) fórmese, pues, en el santo templo una junta celestial, en que reina una santa libertad unida a una justa sumisión, y aprendan los hombres a ser iguales sin dejar de ser diferentes”*. (2)

Anota el autor que se observa la solución de la contradicción “fe-libertad”, que penetra la proyección socio-política de su filosofía de la educación, por lo que implica lo siguiente:

- Considera la libertad como elemento de la doctrina cristiana.
- La libertad del hombre no se contradice con la “justa sumisión” (sumisión racional a Dios y acatamiento de los preceptos religiosos).
- Los hombres pueden “aprender a ser iguales” (son entes educables y la libertad puede ser enseñada).
- Aprendiendo a ser iguales, los hombres no pierden su individualidad.

Para Varela la primera inclinación del hombre es el amor propio, al que divide en dos especies: el que tiene por objeto la conservación de la vida y el que se dirige a buscar el placer y huir del dolor. Pero apunta que las vías para distinguir los placeres verdaderos de los falsos, son la razón y la educación.

La concepción vareliana está sustentada en la idea del hombre educable, que se inserte en un contexto social, y una vez convencido de la autenticidad de los placeres, a instancia de la razón y de la educación recibida, decida libremente por el bien.

Según Varela, el placer y el bien se imbrican armoniosamente, de forma tal que el placer verdadero y el bien real, sin coincidir plenamente, se llegan a identificar, de la misma manera que el falso placer y el bien aparente.

De todos los placeres, él prefiere el amor a Dios, pues lo considera un ente perfectísimo de infinita bondad. Su fe en el mejoramiento humano y el amor que profesa a sus semejantes, le hacen sostener la idea de que las malas acciones suelen ser debido a equivocaciones y a la ignorancia; lo que se corresponde con su posición respecto a la tendencia al bien como consustancial a la esencia humana. De manera que de lo que trata, es de rectificar los errores, de educar hacia el bien para abrir cauce a la tendencia natural existente.

Para Varela, la naturaleza del ser humano puede ser corregida; se puede salir de la ignorancia; se puede llegar a la verdad. Por tanto, el hombre es un ser educable, al que no le está vedado el conocimiento. Nótese que el encuentro con la verdad viene a convertirse en suprema intención teleológica, que armoniza con el desarrollo de las virtudes.

Resulta necesario en estas reflexiones comprender que quien se manifiesta de esta manera es un hombre que se ha educado en una Cuba esclavista y en donde impera la escolástica como método, lo que lo hace reflexionar a él, no solo en lo que se debe enseñar, sino en el cómo se debe enseñar.

Al respecto expresa: *“Me ha sucedido muchas veces no poder meter a camino a un joven por las ideas que le comunican sus parientes o sus amigos, y cuando yo ponía empeño en evitar las sutilezas escolásticas, me encontraba al buen joven tan metido en ello que era imposible despreocuparlo; ya la razón es bien clara, pues un padre, un pariente, es un maestro continuo, a quien se le tiene mucha consideración y cariño”.* (3)

Es claro que la educación tiene que superar, desde la escuela, todas las influencias del medio, cuando estas son nocivas a la lógica de las ciencias. En los momentos actuales de la educación cubana, cuando se marcha por un camino no trillado, lleno de malezas sembradas a propósito para que no se puedan superar los obstáculos, es necesario un maestro que, como Varela, reconozca el papel de esas influencias, pero que no pierda el sentido del rumbo y persevere en su empeño.

Su concepción de maestro queda clara al reservarle el papel de compañero del que aprende; no lo siente en posición de imponer su punto de vista, sino de velar porque el alumno no se aparte del camino de la verdad y brindarle los medios para que reconstruya el recorrido epistemológico que condujo a la estructuración del conocimiento. Junto a ello el maestro incide en el perfeccionamiento espiritual del alumno, habida cuenta de que *“el hombre será*

menos vicioso cuando sea menos ignorante. Se hará más rectamente apasionado cuando se haga más exacto pensador”. (4)

El alumno, por su parte, es considerado un ser educable en la acepción más amplia del vocablo; pero el contenido que le atribuye al término, supera la acepción latina de discípulo (*discere*) que agarra lo que es preciso porque viene del maestro. Eso se puede inferir sin reservas, a partir de la lucha que sostiene contra el hasta entonces sacralizado “*magíster dixit*” y el método que emplea en sus clases, donde el que aprende, llega a formar su propia ciencia.

La escuela, por otra parte, es considerada desde la concepción vareliana como una institución social de enseñanza-aprendizaje y cultivo de las virtudes, cuyo carácter abierto y democrático permita el acceso de los más amplios sectores de la sociedad. Así considera que lo ideal es que el pueblo tenga conocimiento de la ciencia al nivel de los sabios, pero sabiendo que en las condiciones concretas de la Cuba de entonces era imposible concretar semejante aspiración; abogaba por dotar a las masas de un nivel de instrucción que garantizara su felicidad.

“Si fuese dable formar un pueblo de sabios, lo sería de felices; pero siendo imposible lo primero, para aproximarse a lo segundo, debe esparcirse la instrucción para todas las clases, llevándola no al grado que constituye la ciencia, sino al que basta para que el hombre tenga medios de conocer sus deberes religiosos y sociales, los particulares de su estado, y los modos sencillos de emplear la naturaleza para satisfacer las necesidades y proporcionarles los goces. La riqueza científica es como la material, que si no se esparce, presenta el cuadro lastimoso de un país rico habitado por un pueblo pobre”. (5)

Según Sánchez, con lo cual coincide el autor de este artículo, se puede afirmar que para Varela el maestro lleva consigo la escuela; esta no queda encerrada en el espacio físico de una edificación.

Muy conocidas son las referencias de sus contemporáneos acerca de cómo fue capaz de impartir clases en los hogares de los jóvenes que no tenían posibilidades de asistir al Seminario; de cómo, después de culminadas las clases en las aulas, intercambiaba reflexiones con los alumnos en sus aposentos. Por otra parte, atestiguan acerca de la amplitud de sus concepciones sobre la escuela, las que creó en Estados Unidos para niños y niñas, y aún para mujeres.

En Varela, la asunción del método que habría de ocupar el lugar del escolástico encuentra justificación en reflexiones gnoseológicas que, partiendo de la negación de la autoridad, argumentan la validez de la duda cartesiana y conducen a comprender la especificidad del eclecticismo que atribuye a su filosofía, entrelazándola necesariamente con las consideraciones acerca de la naturaleza y la experiencia.

Varela legó una obra teórica y práctica. Demuestra cada día la validez de una pedagogía del ejemplo, al saber morir alejado de su patria.

En las escuelas es recordado más por su obra práctica que teórica; sería muy importante poner a reflexionar a los jóvenes sobre sus concepciones, las que, sin dudas, trascienden su tiempo y se proyectan hacia el futuro.

José de la Luz y Caballero. El silencioso fundador.

Luz fue una de las más representativas personalidades de la pedagogía americana, considerado uno de los precursores de la enseñanza científica en Cuba, como apunta el Dr. Falconeris Lahera (2005) en su artículo sobre las concepciones pedagógicas del maestro cubano. Sus aportes, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, son más que evidentes en su quehacer científico-pedagógico al formar en sus aulas verdaderos cubanos.

Al respecto de la necesidad de la educación, los maestros y la escuela planteó: *“Si hasta en los países más adelantados han erigido escuelas para entrenar a los maestros en la teoría y la práctica de la enseñanza, qué no será en nuestro naciente país donde se hace necesario reformar desde la infancia las costumbres del pueblo, peculiarmente contaminadas por la atmósfera de la esclavitud en que nacemos, vivimos y morimos”*.⁽⁶⁾

Como se aprecia, consideraba que la solución de los problemas de la sociedad estaba precisamente en manos de los maestros; por eso hacía énfasis en que a los estudiantes de magisterio era imprescindible ofrecerles nociones exactas sobre la filosofía de la enseñanza, que significa dominar el modo de orientar el desarrollo del pensamiento de los niños, los métodos de transmitir conocimientos y dirigir la escuela, así como saber manejar los medios y recursos que permitan atraer la atención de los educandos.

Señaló que en la tarea de educar a los niños y jóvenes de la patria, no solo era suficiente el dominio pleno de los conocimientos y el arte para enseñar, sino también tener actitud y compromiso para erigirse como ejemplo.

Por consiguiente, el maestro debe contribuir permanentemente a la elevación de la calidad educativa, desde su labor profesional, a partir del carácter creador de su trabajo. En pocas

palabras, el maestro *“ha de ser toda inspiración, sacerdocio, mansedumbre, carácter, templanza, flexibilidad”*. (7)

Luz concibió el ejemplo como modelo de actuación que debe ofrecer permanentemente el maestro a sus educandos; es decir, asumió el ejemplo como el más eficaz recurso pedagógico en manos del preceptor para alcanzar sus objetivos educativos, lo que señala Falconeris, y que comparte el autor de este artículo plenamente.

Al respecto, el propio Luz sentenció: *“Ni hay otro medio más eficaz de predicar costumbres que el ejemplo, ni los mejores planes de enseñanza pasan de meros pliegos de papel sin honrados y hábiles preceptores”*. (8)

De su ideal del ejemplo del maestro viene su aforismo más conocido: *“Instruir puede cualquiera, educar sólo quien sea un evangelio vivo”*. (9) Con esta máxima estaba superando con creces las concepciones educativas de su época y legando a la historia de la pedagogía una clara visión de unidad entre la instrucción y la educación, la que enriqueció Martí posteriormente.

Hoy sigue siendo un reto la dicotomía entre estos dos elementos del proceso que constituyen una unidad dialéctica.

Era partidario de forjar en Cuba una escuela de métodos, sentimientos y virtudes para educar a las generaciones subsiguientes. Su pedagogía es polémica cuando se quiere valorar desde un supuesto radicalismo a ultranza. Sin declararse públicamente como un separatista o como un opositor al régimen imperante por entonces en Cuba (dominación colonial española), sembró la idea de la rebeldía.

Cuando Narciso López le comunicó la idea de luchar contra la Corona española, Luz le respondió que *“el pueblo lo abandonará. Cuba no está preparada para gozar de la independencia; para que lo esté, soy yo hoy maestro de escuela”*. (10)

Maestro de escuela para preparar a un pueblo para vivir en libertad, para que conquiste su libertad, parece una alta meta en la que todo maestro debe meditar, no solo en Cuba, sino en cualquier parte del mundo. En este sentido hay un aforismo suyo que reza: *“Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida”*. (11)

Y continúa: *“El carácter del profesor es problema tan difícil como esencial; trátese de conciliar nada menos que la habilidad de infundir amor a las ciencias con las de sostener el orden debido sin apelar a medios coercitivos y violentos”*. (12) Por lo que *“la dulzura unida con la constancia y la justicia es siempre medio más seguro de alcanzar este objeto que no el*

rigor excesivo o acompañado de la inconstancia y la desigualdad en el manejo de los alumnos”. (13)

Se puede apreciar que no era partidario de métodos violentos, tan propios de la época, y sí de la ternura, la comprensión, el cariño y la justicia, que constituyen divisas que aún hoy se aspira a fomentar en las aulas escolares.

Otro tanto sucedía cuando analizaba la constancia como virtud de un maestro, así como el entusiasmo al acometer su labor; al respecto señalaba que *“casi todas las profesiones pueden pasarla sin entusiasmo. La del maestro es la que no puede absolutamente: lo ha menester para inculcar la doctrina y para vencer los obstáculos”.* (14)

Según Luz, al decir del Dr. Falconeris, luego de analizar lo expresado por el ministro francés de instrucción pública (Guisot):

“Un buen maestro debe ser aquel que sepa más de lo que se le exige enseñar, a fin de que lo haga con inteligencia y con gusto; que tiene de vivir en una esfera humilde, y sin embargo está dotado de alma noble y elevada, para poder sostener aquella dignidad de carácter y porte sin la cual jamás logrará el respeto y confianza de los padres; que ha de poseer una singular combinación de suavidad y firmeza. Será siempre un ejemplo, a todos servirá de consejero y estará resuelto a vivir y a morir al servicio de la instrucción”. (15)

Entre sus frases más célebres sobre cómo debe ser el magisterio, está la que a continuación se cita: *“Queremos maestros hábiles y teóricos profundos, antes que eruditos indigestos y prácticos superficiales”.* (16)

Su lema de educación patriótica lo presidía una frase: *“Tengamos el magisterio y Cuba será nuestra. Sin sentimiento no hay motivo para el pensamiento ni para la acción”.* (17)

Es por todo lo antes señalado que, de las aulas donde Luz ejercía su magisterio, salían los jóvenes llenos de fervor y energía para enfrentar la injusticia. Muchos cayeron en el campo de batalla llevando en su frente la estrella del maestro.

Luz es un silencioso fundador de un sentimiento cubano que hoy tiene mucho que decir todavía.

José Martí Pérez. El hombre más puro de raza, según Gabriela Mistral.

La concepción sobre educación y magisterio se deja ver en él a lo largo de toda su obra; sus valoraciones de José de la Luz y de Mendive, su maestro y padre espiritual respectivamente, pudieran ser suficientes para tener una profunda idea al respecto. Sin embargo, dejó muchos escritos dispersos sobre lo que consideraba que debía ser un maestro.

En su artículo “José de la Luz” dice:

“Pudo ser abogado, con respetable y rica clientela, y su patria fue su única cliente. Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad cuando era indispensable defenderla. Pudo escribir en obras – para su patria al menos- inmortales, lo que, ayudando a la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en la naturaleza, sobre la música de lo creado y el sentido del mundo, y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar. Supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres”.

(18)

En el estilo martiano de reconocer las virtudes de los hombres, de esa magistral manera como sólo él podía, dejó claro que “sembrar hombres” debe ser la labor del magisterio. Su maestro querido, Rafael María de Mendive, recibe los más altos y merecidos elogios; de él dice: *“De su vida de hombre yo no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe como peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas; cómo dio en España el ejemplo, más necesario hoy que nunca, de adquirir fama en Madrid sin sacrificar su fe patriótica. [...] Los ángeles se sentaban de noche con nosotros, bordando y cuchicheando, a oír la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar [...]”*

(19)

Y agrega que *“hombre es el maestro que da su ser propio por los demás; el maestro es meritorio y generoso padre de muchos”.* (20)

En su concepción de hombre como ser superior, considera que ser maestro significa llegar a dicha condición. Refiriéndose a un amigo que ejerció el magisterio y con quien se solidarizó en Guatemala, dijo: *“Lo hizo maestro que es hacerlo creador”.* (21)

No concebía el magisterio sin una alta dosis de creatividad, de capacidad para enfrentar por vías distintas los graves problemas cotidianos. Señaló muy acertadamente que *“para ser maestro de otros es necesario saber vivir”* (22); y al respecto dijo también que *“para ser maestro hay que serlo primero de sí mismo, aún en el celo de la ira justa”.* (23)

Su vida fue un vivo ejemplo de esta prédica, por eso se recuerda siempre por ese calificativo, Maestro, paradigma a alcanzar. Veía las cualidades en los otros porque las llevaba en sí y honró a los demás, que es la mejor manera de honrarse a sí mismo, sin que el fin sea ese.

Siempre vio la necesidad de formar maestros, en el sentido que hasta aquí se ha expresado, lo que se aprecia cuando afirma que *“lo que falta no es ansia de aprender en los discípulos:*

lo que falta es un cuerpo de maestros capaces de enseñar los nuevos elementos siquiera de las ciencias indispensables en este mundo nuevo". (24)

Cabría preguntarse, de acuerdo con los momentos actuales que vive el mundo, a más de un siglo de pronunciada esta frase ¿si ya existirá ese cuerpo de maestros en las naciones de América? Las respuestas se deben buscar en las calamidades políticas, económicas y sociales que imperan hoy en el mundo, y en la crisis de valores a escala planetaria.

En la concepción de su pedagogía, como arma esencial para formar al hombre para la vida, puesto que a vivir viene el hombre a la tierra, está claro que rehúye todo tipo de falsa erudición y rimbombancia.

El maestro tiene que ser el más humilde compañero, el más desinteresado que haya podido elevarse, a tal altura espiritual, que le permita desprenderse de todo egoísmo e individualismo; y al respecto expresa que *"he ahí, pues lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos, sino la ternura que hace tanta falta y tanto bien a los hombres [...] no enviaremos pedagogos por los campos, sino conversadores [...] se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros"*. (25)

Un cuerpo de maestros misioneros, de maestros ambulantes, dotados del don de la ternura y de la ciencia. De virtudes para transformar el organismo social enfermo que, a la larga, sería el transformador de la esencia de la nación.

"El maestro es la letra viva". (26) ¡Cuánto encierra esta "simple" frase, letra viva, no letra muerta! Significa que el maestro es toda pasión, entrega, entusiasmo; que cada gesto o frase debe estar acompañada de un respaldo personal y comprometimiento, de una toma de partido. Nótese aquí la coherencia entre estos tres grandes hombres que identifican el acto de educar no como una simple transmisión de conocimientos.

Observando la labor de un maestro amigo en su escuela sentenció: *"[...] el maestro es de roncal y porrillo, que lleva del narigón a las pobres criaturas, o si es padre de hombres que goza en sacar vuelo a las alas del alma"*. (27)

Para el Maestro *"la educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas"*. (28)

El maestro, como arma de la educación, tiene que tener certeza del alcance de su labor porque educar, según Martí, debe ser *"depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que*

vive: es ponerlo al nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo con lo que no podrá salir a flote; es preparar al hombre para la vida” (29)

No se ha querido hacer un análisis minucioso de lo que significa cada idea del legado de estos tres grandes de la pedagogía cubana, latinoamericana y universal, sino que estas reflexiones sirvan para que los maestros analicen cómo pueden ser mejores en su profesión, para que los jóvenes se sumen consciente y paulatinamente al ejército de educadores que necesitan los pueblos, desde la comprensión del placer y la satisfacción que se experimenta al disfrutar de conceptos e ideas tan avanzadas y altruistas.

Cuba cuenta con un legado pedagógico inmenso, por lo que no es posible que desde las pretensiones de un artículo se pueda abarcar la obra de otros tantos, como la de José Agustín Caballero o la de Rafael María de Mendive, quienes también pertenecen a los fundadores de la pedagogía cubana. Esto puede ser tema para otro trabajo. El que se escribe ahora se centra en Varela, Luz y Martí, por ser los que más sistematizada tienen su obra pedagógica.

La coherencia que se aprecia, desde el punto de vista conceptual y ético respecto a lo que significa ser maestro, puede ser una brújula que guíe a las actuales generaciones hacia un norte seguro, porque el mundo actual precisa, más que nunca, de un cuerpo de maestros como lo concibieron ellos. Con él se podría detener la marcha desenfundada de la especie humana hacia su autodestrucción. Nuevamente se insiste en la vuelta a las raíces de los pueblos, pues de ellos han de nutrirse las presentes y futuras generaciones. En ellas está latente la sabia que ha de alimentarlos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1 Sánchez, José. La Filosofía de la Educación en Félix Varela, [s.p.].

2 Ibid.

3 Varela Morales, Félix. Obras, t. I, p. 426.

4 Ibid., t. XI, p. 186.

5 Ibid., t. XI, p. 304

6 Lahera Martínez, Falconeris, Concepciones pedagógicas de José de la Luz y Caballero, [s.p.].

7 Luz y Caballero, José de la. Aforismos y apuntaciones, p. 357.

8 Ibid.

9 Ibid.

10 -----. Cronistas cubanos, p. 143.

11 Luz y Caballero, José de la. Aforismos y apuntaciones, p. 359.

12 -----. Escritos y discursos educativos, t. XI, p. 176.

- 13 Ibid, t. XI, p. 137.
- 14 -----. Aforismos y apuntes, p. 357.
- 15 Lahera Martínez, Falconeris. El pensamiento pedagógico de José de la Luz y Caballero, [s.p.].
- 16 Luz y Caballero, José de la. Informe sobre la escuela náutica, p.256-257y p. 357.
- 17 Lahera Martínez, Falconeris. El pensamiento pedagógico de José de la Luz y Caballero, [s.p.].
- 18 Martí Pérez, José. Artículo sobre José de la Luz, [s. p.].
- 19 -----. Carta a Enrique Trujillo, t. V, p.250-252.
- 20 -----. Boletines de Orestes, t. VI, p.288.
- 21 -----. Folleto Guatemala, t. VII, p.177.
- 22 -----. Mario Fortuni, t. XXVIII, p. 127.
- 23 -----. Uno de los más grandes pintores modernos. La carrera y las obras del español Eduardo Zanmacois, t. XXVIII, p. 141.
- 24 -----. Abono - la sangre es un buen abono, t. VIII, p. 298.
- 25 -----. Maestros Ambulantes, t. VIII, p. 289.
- 26 -----. Los indios en los Estados Unidos, t. X, p. 327.
- 27 -----. El colegio de Tomás Estrada Palma en el Central Valley, t. V, p. 263.
- 28 -----. Folleto Guatemala, t. VII, p.157
- 29 -----. Escuela de electricidad, t. VIII, p. 281.

BIBLIOGRAFÍA

- LAHERA MARTÍNEZ, FALCONERIS. La enseñanza de la lectura en la Ilustración Cubana del Siglo XX. En Revista Luz, (Holguín), 4(4), 2005.
- LUZ Y CABALLERO, JOSÉ DE LA. Obras. Compilación de Zaira Rodríguez Ugido. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 2001.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ. Obras Completas. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- SÁNCHEZ SUÁREZ, JOSÉ. Tesis en opción del título académico de Doctor en Ciencias. La filosofía de la educación en Félix Varela. [s. l., s. e.], 2003.
- VARELA Y MORALES, FÉLIX. Obras. "El que nos enseñó primero en pensar". Compilación de Eduardo Torres Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García Rodríguez. La Habana, Editorial Cultura Popular, 1997.